

XIII

El reino de las sombras

No alarmarse con el título, que ni el reino de que vamos á tratar es otro que el reino (cuasi independiente) de Montmartre, ni las sombras de que hablaremos son duendes, ni brujos, ni otros excesos, sino sencillamente sombras... de las llamadas chinescas.

No sé hasta qué punto serán cómplices los hijos del Celeste Imperio en el bautizo de esas figuras de negra silueta, ni qué responsabilidad tendrán en el invento (me falta luz para tratar de estas sombras), ni sé tampoco, en caso de ser chinescas, si habrán llegado hasta nosotros cruzando el mar ó volando por los aires ; pero lo que sí aseguro es que un juego que en su infancia fué juego de la ídem, va tomando proporciones de edad madura, gracias á la intervención de hombres de agudo ingenio que han tomado la cosa por su cuenta.

Y esto será, según dicen, que los teatros, salvo algunas excepciones tan raras como honrosas, se van quedando rezagados á medida que la sed de arte cunde entre cierto público refinado, hasta convertirse en imprescindible necesidad. Esto será que este público se queja de que las escenas líricas sólo ejecutan las obras de autores encanecidos en las anteceras de los augustos directores ; de que fuerza es que retenga sus ímpetus innovadores, quien los tuviera, para dar salida al inmenso *stock* de música

rancia y organillesca amontonada en los archivos ; de que si Lohengrin ha pisado las tablas del monumento Garnier, ha sido tras dilatado viaje triunfal á través de lo mejor civilizado del planeta.

Quéjense también de que no menos desproporción existe entre el estado actual de la literatura y lo que se representa en la casa de Molière, en cuya escena se continúa acumulando inmortalidad en sus imperecederas comedias, pero nada se nota en ella del colosal esfuerzo evolucionista de los escritores modernos ; quéjense de que mal se juzgarían las novedades, á tomar por norma cuasi todo lo que se estrena en la *Comedia Francesa*, por ser modelos de conocidas novelas y vaciados en moldes manoseados ; y, en fin, de que no hay que contar con la mayor parte de los teatros, pues piden sus éxitos á la hermosura de las acrices, á las tercerillas más ó menos plásticas del cuerpo de baile ó á un arte escenográfico, más inspirado en la mecánica que en el deleite del color ó de las líneas.

Tendrán ó no razon esos puritanos del arte ; pero, así las cosas, autores, pintores y compositores se las componen como pueden para dar á conocer sus obras respectivas apenas producidas. De ahí el famoso *Teatro Libre*, con sus malas imitaciones del teatro de aplicación y del teatro moderno ; de ahí las prohibidas aberraciones del teatro realista ; de ahí paralelamente, y con éxito siempre creciente, el desarrollo de las *sombras*, tomando cuerpo y pasando de lo vago á productivas realidades.

La cuna de las *Sombras* parisienses fué Montmartre. Allí, en el antiguo *Chat-Noir*, establecido en el local que hoy ocupa el *Bruant* tantas veces men-

cionado en nuestras cartas, en un rincón de bohemios, donde apenas cabrían acurrucados cuatro hombres en ayunas, se instaló el primer teatro, y las primeras *sombras* aparecieron allí ; sobre un pedazo de madapolán desfilaron con buena sombra las siluetas célebres, dibujadas por Willette y por Rivière ; las cabalgatas, ejércitos, torneos y muchedumbre de *Caran d'Ache* ; allí, detrás de la diminuta escena, iluminada por un enfermo mechero de gas, brotaron jocosas y amargamente satíricas las canciones de *Goudeau*, *Mac-Nab* y *Jouy* ; allí Rodolfo Salis logró la fama de brillante charlatán, y al par que su escarcela reventaba repleta ya con las primicias de su importante fortuna, los artistas que le empinaron quedábanse siempre en la sombra, pobres y contentos con su ausencia de moneda.

Hoy día Salis es el rey de las *Sombras* y es su casa el conservatorio. No en un rincón, como antes, sino en amplio salón bellamente decorado por Willette, el delicado pintor poeta, y no en un banco sudado, como entonces, sino arrellanados en sillas de encina vieja, contemplan diariamente un centenar de espectadores la serie de cuadros que desfilan como negras apariciones : deléitanse la vista, avíanse la imaginación, comentan la acción recitada en prosa ó verso, y recreánse el oído con la música, que, discretamente sonora, se adapta á los menores gestos y aptitudes de las siluetas que pasan.

A la sombra de sus *Sombras* ha reunido Salis los artistas de más ingenio de la época, los más parisienses, los de verdadera cepa, los que traen en sí lo más valioso en todo arte, que es la primera materia. Lo que empezó para grato solaz de los clientes, ha

terminado en serio ; en el refugio que fué antes de bohemios, se ha acaparado la sal, y aun algo más, de las salinas de Montmartre, pues muchas de las obras presentadas pueden competir con las más tremendas sátiras de otros tiempos ; lo que sólo exigía alguna gracia en el lápiz, pues limitábase á presentar la silueta de tipos conocidos, se ha ido agrandando y presentando nuevos y dilatados horizontes ; el inocente mecanismo se ha convertido en intrincada maquinaria ; ha intervenido la luz eléctrica con cristales de colores, y han adquirido movimiento las figuras.

Pero todo esto no bastaría á interesar al público, si los encargados de hacer mover la mecánica no fuesen hombres de buen gusto y sentimientos artísticos. Tanto lo son que sus ideas son de las que se abren camino en todo el mundo, con el curso de los años ; de las que, por ser discutidas, llegan tarde ó temprano, pero llegan, aunque en manos de hombres más hábiles que saben aprovecharlas, de las que llevan el germen de una reforma, algún capullo de arte que ha de ser nueva y hermosa flor andando el tiempo. Y acontece á menudo que así como hay tantos que se dedican á las artes y á las letras, no por vocación innata, sino por *la fuerza del destino*, en aquella casa son muchos los que, habiendo entrado con una carrera á cuestras en mal hora aprendida y no ejercida, han sentido nacer en ellos, por la fuerza del medio ambiente, ideas nuevas y nuevos horizontes que no habían ni siquiera sospechado. Donnay, después de acabar la carrera tras estudios interminables y obtener el número uno en la escuela de manufacturas y artes (*Ecole Centrale*), al pare-

cer destinado á ser un ingeniero más, mide hoy sus obras con el metro fijado por la poética ; León Gandillot, tras de haber sido un discípulo aplicado de la propia escuela, resulta ser el celebrado autor de *Ferdinand le Noceur* y el director del periódico *Le Chat Noir* ; otros, que no recuerdo ó que no sé, y que llegaron allí cargados con diversos y útiles conocimientos (al decir de gente *seria*), han visto cambiada su carrera por obra de encantamiento y trocarse su ciencia en estéticas ideas, quizás menos útiles, pero mucho más divertidas.

Esto habrá pasado á nuestro Utrillo, al amigo cariñoso que con nosotros ha visto rodar durante dos años el molino que nos sirve de morada. Ingeniero también y escritor de LA VANGUARDIA, sintióse un día llamado por el reino de las *sombras*, y, abandonando la pluma tantas veces empleada en servicio del arte, puso decididamente las manos en la masa, creando un teatro que ya no son *sombras*, sino decoraciones transparentes, presentando los colores de la paleta más ricamente abundante.

Háse instalado el espectáculo en el antiguo *Auberge* del *Clou*, allá en unos sótanos que parecen á propósito para artísticas conspiraciones. En una salita reducida y extrañamente decorada se abre un diminuto escenario de poco más de un metro ; un notable cuarteto preludia un motivo entre místico y decadente ; lanza las primeras estrofas el cantor recitante, y se levanta el telón pausadamente.

Consiste el asunto en una tentación del clásico anacoreta. En el primer cuadro, el solitario, vestido de pieles de carnero, reza por los eternos destinos, en un paisaje pintado á la sobria manera iniciada

por Puvis de Chavannes en sus grandes composiciones. Reune el ermitaño, en el segundo, prosélitos, que acuden, vestidos de fe y cuasi desnudos de traje, á escuchar la palabra inspirada y vehemente del santón ; pero cuando llega al colmo la fe que por sus palabras siente el pueblo, aparece en el tercer cuadro un filósofo epicúreo, que, apostrofando con malos modos á la multitud de creyentes y aun al mismo protagonista, les asegura, bajo palabra de honor, que los goces mundanales sobrepujan á cuanto puede imaginarse, pretendiendo probarlo en una orgía que concluye cuando empiezan las saturnales. Inclínase el pueblo á favor del filósofo que le ofrece favores inmediatos, vuelven la espalda al santón aun los más convertidos, y el pobre solitario, siéndolo esta vez de veras, aburrido y fastidiado, acaba también por pasarse al enemigo, colgando las pieles de carnero, ó sean sus hábitos predicadores.

En conjunto, el libreto tiende á un sabor semi-clásico, á la pintura de retablo, á la leyenda simbolista, á la literatura *maga* y decadente que el Sâr Péladan y sus prosélitos trabajan por poner en boga ; pero lo más notable, sin duda, son las decoraciones, que con figuras ha pintado nuestro Utrillo. Poseyendo como posee el ingeniero convertido al gremio de San Lucas conocimientos prácticos, debidos á lo que él llama su profesión que fué, ha sabido hermanar el arte con la ciencia, obteniendo raros contrastes de colores, cambiantes que con apariciones de luz y efectos suaves, violentos ó brutales, y otras nuevas modificaciones desconciertan á los artistas que hasta ahora han pasado por muy duchos en la materia.

Como se puede ver por la que trato, las *Sombras* que empezaron á formarse en la cumbre de este cerro, como la niebla que nace en las montañas y va bajando hasta el llano, así descienden pausadamente hacia la extensa metrópoli. El *Lyon d'Or* ha inaugurado su teatro de siluetas con éxito extraordinario ; otros teatros las anuncian y preparan, y el cielo del arte parece obscurecerse de tal modo que, si el viento de otra moda no despeja el horizonte, pronto París, el gran París de la luz, se verá convertido en el reino tenebroso de las sombras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
XIV

El cementerio de Montmartre

La plaza de Clichy está unida con la calle de Clignancourt por un puente de hierro, sostenido por fornidas columnas y adornado con baranda de entrecruzados tirantes. Por su lustroso pavimento pasan todo el día centenares de coches ; carros colosales que van y vienen de las próximas canteras ; vehículos de todas clases que se dirigen á Saint-Ouen ó llegan del camino de cintura ; obreros con largas blusas que, saliendo de los talleres de Saint-Denis, desfilan á bandadas por las aceras de asfalto.

El movimiento es incesante y mucha la vida en lo alto de aquel puente : creyérase el cauce de un río que, bajando de los arrabales, mana humanidad

hacia el gran mar de París ; una arteria de su cuerpo ó un nervio motor de su cerebro. Diríase también que ese barullo de un mundo que se mueve ha de ser interminable, si no recordara la muerte el cementerio que se extiende debajo de las columnas, como amplia llanura de quietud y de reposo.

Allí, por uno de esos contrastes que la casualidad combina, al lado del trabajo incesante reina el descanso eterno ; al lado de la agitación de la vida, el sueño de la nada ; las chimeneas, levantándose detrás de los muros, recuerdan la lucha por la existencia, y las cimas de los cipreses y las copas de los árboles, cobijando bajo su sombra miles de tumbas y asomando sobre el arroyo, mirando al pueblo que pasa, invítanle á descansar sobre los lechos de piedra.

Pero el viandante, aturdido por el clamor de arriba y como atemorizado por la quietud de abajo, aprieta el paso, y apenas si se detiene algún curioso forastero á contemplar el fondo de aquel tranquilo abismo, á pesar de ser espectáculo, si triste para la mente, hermoso á todas horas para los ojos amantes de colores y armonías.

Visto el cementerio por la mañana, envuelto entre la niebla y abrigado por el vapor, que modela sus contornos, parece nadar entre una nube ; iluminado al mediodía por el sol, que hace brillar las cruces y coronas, parece renacer vibrante al calor de nueva vida ; creyérase que vuelve á morir con la tarde ; y por la noche, muerto ya, á la obscuridad, de tal modo se confunden los panteones, que se levantan sin forma, con las casas de los vivos que las rodean.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

16. 1625 MONTERREY, MEXICO